

---

RICARDO KREBS WILCKENS

Profesor de la Universidad de Chile

## Napoleón I y su significado histórico

Preguntar por el significado histórico de Napoleón constituye, ciertamente, tarea grande y ambiciosa, tanto por la magnitud del tema como por el hecho de que hasta la fecha no existe un juicio unánime al respecto. Durante su vida y su gobierno Napoleón fué amado y odiado y mientras unos lo veneraron como uno de los genios máximos de la historia, los otros lo aborrecieron como encarnación del mal y enviado del Anticristo. La discusión en torno a Napoleón continúa hasta la fecha. Su personalidad extraordinaria y su obra singular siguen siendo fuente de inspiración para poetas y autores. El mito napoleónico y el bonapartismo continúan siendo fuerzas vivas del desarrollo político. El poder mágico de su personalidad sigue despertando aún en la actualidad sentimientos de entusiasta admiración y de rencor.

En el presente estudio trataremos de librarnos de una actitud pasional y, en vez de alabar a Napoleón como genio o condenarlo como demonio, trataremos de plantearnos objetivamente el problema de su significado histórico. Para este efecto podemos partir de tres hechos incuestionables:

1. Napoleón pudo ascender rápidamente a través de una serie prolongada de éxitos extraordinarios que no tienen parangón en la historia. Dueño de Francia, logró extender su imperio sobre toda Europa occidental y central. En todos los Estados dominados por él, introdujo profundos cambios y

estableció de esta manera las bases para un nuevo orden político y social.

2. Napoleón, a pesar de haber logrado concentrar en sus manos un poder inmenso, no pudo consolidar definitivamente el orden por él creado. Al final, Napoleón fracasó. Su imperio europeo se desintegró. Ni siquiera pudo salvar la corona de Francia para su hijo. Después de haber ascendido a las cumbres más altas de la gloria y del poder, se produjo la más honda caída.

3. La restauración de los Borbones en Francia y la vuelta a la legitimidad perseguida por el Congreso de Viena, no lograron restablecer en Europa el antiguo régimen. Europa siguió siendo distinta de lo que había sido antes. Napoleón cayó, pero su obra lo sobrevivió. La Europa contemporánea se basa en gran parte en sus realizaciones.

El análisis de estos tres hechos permitirá precisar el significado histórico de Napoleón.

Los éxitos extraordinarios de Napoleón se deben en primer lugar a él mismo, a ciertos dones naturales que lo caracterizan como personaje realmente sobresaliente. Muchas veces se han descrito sus portentosas cualidades. Célebre es el análisis que Hipólito Taine hace en sus *Orígenes de la Francia Contemporánea*. Con palabras de belleza incomparable describe su intuición genial que le hacía comprender inmediatamente la esencia de las cosas, su fuerza de trabajo que era inagotable, su capacidad para concentrarse

y su memoria que parecía exceder todo límite humano. Todas estas cualidades quedaban superadas aún por su imaginación creadora que era la fuente de donde nacían incesantemente nuevos proyectos, cada uno más audaz y más grandioso que los anteriores. Y las imágenes de sus futuras creaciones no eran vagas fantasías, sino proyectos concretos en que estaba contemplado cada detalle. Cuando la expedición al Egipto se hallaba aún en sus primeros comienzos, Talleyrand quedó profundamente impresionado por la descripción detallada que Napoleón hacía de la empresa: toma de Egipto, regeneración de Siria, marcha a Constantinopla, fundación de un gran imperio en oriente, aniquilación de la casa de Austria, regreso triunfal a París. Madame de Rémusat recogió las palabras con que Napoleón, antes de ceñir la corona imperial, expuso la visión de su futuro imperio europeo: "el reino francés ha de convertirse en metrópoli para todas las demás soberanías. Haré que cada rey europeo se construya un gran palacio en París para su uso personal. Para la coronación imperial vendrán todos los reyes a París y enaltecerán con sus homenajes esta gran ceremonia. También el Papa debe residir en París. París tendrá cuatro millones de habitantes y se convertirá en algo fabuloso, colosal, nunca visto".

Con sus cualidades excepcionales, Napoleón fascinaba, entusiasmaba y atemorizaba a los demás y lograba someterlos a su voluntad y aprovecharlos para la consecución de sus fines.

Los éxitos de Napoleón fueron su obra personal. Sin embargo, él se vió favorecido a la vez por las circunstancias. La Revolución le abrió el camino y le ofreció las oportunidades.

La Revolución había derribado el viejo y venerable edificio de la monarquía francesa y había barrido con la sociedad del antiguo régimen. Los principios de los derechos naturales del hombre y de la soberanía popular debían servir de base para un Estado y una sociedad nuevos en que el hombre ya

no fuese súbdito, sino ciudadano, en que todos fuesen iguales ante la ley y en que la nación soberana determinase libremente su destino. Mas los hombres y grupos que, desde 1789, habían tratado de poner en práctica los ideales revolucionarios habían fracasado frente a los problemas concretos de la dura realidad política, social y económica. Diez años después de haberse iniciado la Revolución, ésta estaba desprestigiada. El Directorio y el grupo social que representaba estaban corrompidos y abusaban del poder para sus fines personales. Francia estaba arruinada económicamente, las masas populares estaban decepcionadas. Las grandes ilusiones y esperanzas de los comienzos de la Revolución habían quedado insatisfechas. Se había abierto un abismo entre el ideal y la realidad y mientras que ésta se presentaba confusa y caótica, los ideales parecían esfumarse y los hombres empezaban a desesperar de la posibilidad de su realización.

En estos momentos surge Napoleón. Después de sus triunfos espectaculares sobre Austria en Lombardía, que no pudieron ser empañados por el fracaso de la expedición egipcia, Bonaparte logra tomar el poder mediante el golpe de Estado del 18 Brumario (9 de noviembre de 1799) y, erigido en Primer Cónsul, acometió la gigantesca tarea de poner a Francia en orden. Años más tarde, en Santa Elena, con palabras anotadas por Las Cases, Napoleón definiría su labor y su función histórica de la siguiente manera: "Yo cerré el abismo de la anarquía y desenredé el caos. Yo limpié la revolución del lodo, ennoblecí los pueblos y afiancé los tronos. Yo alenté todos los talentos, recompensé todos los méritos, amplié los límites de la gloria".

Napoleón fué un hijo de la Revolución y él y su obra son inconcebibles sin ella. El la continuó y salvó elementos esenciales de ella. Por otra parte reanudó también viejas tendencias de la historia francesa y continuó en muchos aspectos la obra de la monarquía. De esta manera se combinan en su obra la monarquía y la revolución. El orden napo-

leónico es, a la vez, negación y continuación del pasado y constituye así su superación y la base para el porvenir.

Durante los cuatro años del Consulado, quizás los más fecundos y satisfactorios en su carrera, Napoleón dió a Francia una nueva organización que permitió movilizar y aprovechar las fuerzas nacionales en una forma como no había ocurrido jamás en el pasado.

Para los fines administrativos el país fué dividido en departamentos, distritos y comunas, bajo prefectos, subprefectos y alcaldes que dependían directamente del gobierno central y que debían ejecutar las órdenes de éste. El prefecto era un primer cónsul en miniatura, con plena autoridad sobre su jurisdicción, pero totalmente dependiente del gobierno, responsable ante éste y obligado a una obediencia incondicional. Este aparato administrativo estaba completamente centralizado y constituía una máquina eficiente que obedecía con precisión y rapidez a las órdenes del gobierno. Para la designación de los funcionarios Napoleón se fijó exclusivamente en los méritos, sin considerar las convicciones personales ni los antecedentes sociales. Designó a los más capaces y destituyó implacablemente a quien fracasaba. De esta manera Napoleón estableció las bases para aquel aparato administrativo y equipo de funcionarios competentes a los cuales Francia debió en adelante su buena administración y su estabilidad en medio de todos los cambios revolucionarios que se produjeron en el curso de los siglos XIX y XX.

La administración de justicia fué reorganizada según principios análogos. A raíz de las reformas introducidas por la Revolución la justicia se había corrompido. Los jueces que eran elegidos por los ciudadanos, dependían de distintos grupos de electores, eran parciales, se dejaban sobornar y habían perdido todo prestigio. Napoleón estableció que los jueces fuesen nombrados por el gobierno, pero que fuesen inamovibles. De esta manera les confirió aquella independencia

que el juez necesitaba para el correcto desempeño de su función.

La organización administrativa de Napoleón significaba en muchos aspectos una vuelta a la tradición monárquica y la negación de las tendencias liberales de autonomía comunal y descentralización administrativa que habían predominado en los comienzos de la Revolución. París volvió a ser el centro hacia donde convergía toda la vida nacional. Francia volvió a concentrarse en París. Pero la organización estrictamente racional, la aplicación de condiciones uniformes al país entero y la unificación administrativa de la nación reflejaban también la influencia del racionalismo de la Revolución y del programa jacobino de la Francia una e indivisible.

El nombre de Napoleón está vinculado por siempre al Código Civil. En sus disposiciones referentes a la familia y la propiedad el Código refleja las tendencias racionalistas del siglo XVIII y el liberalismo individualista de la sociedad burguesa. A la vez el Código completó la unidad jurídica de Francia, preparada por la monarquía y los jacobinos. Hasta entonces el sur del país se había regido por la tradición escrita del Derecho Romano, en el norte en cambio había predominado el derecho germánico consuetudinario. Y sólo las leyes de la corona habían regido en todo el país. Ahora, en cambio, existía una sola ley, válida para todo el territorio nacional. El Estado nacional, unido política y administrativamente, disponía ahora también de un derecho nacional.

Napoleón intervino en forma decisiva en la educación. Desde que bajo Luis XV se habían cerrado los colegios jesuitas, y que las demás instituciones habían sido reformadas por la Revolución, existía una anarquía completa. Los dirigentes de la Revolución, Talleyrand, Mirabeau, Condorcet, Sieyès, Robespierre, habían comprendido plenamente que el Estado nuevo y la nueva sociedad requerían también una nueva educación y que la abolición de los estamentos privilegiados y el ascenso de las nuevas clases so-

ciales conferían a la educación una función decisiva. Sin embargo, los numerosos proyectos que presentaron para reformar la educación nacional fracasaron o quedaron en el papel.

Napoleón vió en la educación uno de los medios más importantes para afianzar el poder y ejercer influencia sobre los hombres. Consideró que la educación debía ser de incumbencia exclusiva del Estado y que el gobierno debía organizar y controlar todos los establecimientos educacionales. Las Escuelas Normales, los colegios secundarios y los liceos integraron un sistema estrictamente centralizado, encabezado por la Universidad de Francia. Para toda Francia regían los mismos programas, métodos y horarios. En los programas se concedió especial importancia al latín, a las matemáticas y a las ciencias. La educación tenía por objeto formar a los futuros servidores del Estado, a funcionarios y oficiales del ejército.

Todo el sistema educacional llevaba el sello inconfundible de la personalidad de Napoleón. Pero no cabe duda que correspondía también a ciertas tendencias generales de la época. El principio del Estado docente, la organización racional, la preferencia dada a las asignaturas científico-matemáticas correspondían a las aspiraciones y exigencias de la nueva sociedad y de la civilización moderna.

El deseo de unir las fuerzas nacionales y colocarlas al servicio del Estado movió a Napoleón también en su política frente a la Iglesia. Las medidas que la Revolución había tomado al respecto habían abierto heridas particularmente profundas. La Iglesia constitucional era rechazada por la gran mayoría de la población. Con criterio realista, Napoleón comprendió que no podía restablecer la paz en Francia mientras no restableciera la paz con la Iglesia y el Papado. El no era hombre religioso; mas consideraba que el Estado necesitaba la religión como base moral para la convivencia social y que el culto era indispensable para mantener sumisas a las masas. La religión, dijo

en una ocasión, actúa como la vacuna contra la viruela. Como satisface el anhelo de lo milagroso, protege al hombre contra los charlatanes y milagrosos. Los sacerdotes valen más que los Cagliostro, los Kant y todos los soñadores ilusos alemanes.

De acuerdo con este criterio realista convenía dar a la Iglesia Católica en Francia la importancia que le correspondía por su tradición y por el hecho de que la absoluta mayoría de la población era profundamente creyente. Por otra parte, Napoleón defendía en forma categórica la supremacía del Estado sobre la Iglesia y se oponía terminantemente a restablecer el clero como estamento privilegiado o a concederle alguna ingerencia en los asuntos políticos.

El resultado de largas y complicadas negociaciones fué el Concordato de 1801 por el cual el catolicismo fué declarado la religión de la mayoría de los franceses y el Papa fué reconocido como jefe supremo de la Iglesia. Los obispos recibían la investidura canónica del Sumo Pontífice. Mas el gobierno nombraba a los obispos y daba su aprobación a la designación de los párrocos. El clero recibía un sueldo del Estado. La Iglesia tuvo que dar su aprobación a la confiscación de sus bienes. Se mantuvo el matrimonio civil y se autorizó el libre ejercicio de los otros cultos.

En la política eclesiástica de Napoleón se combinaron elementos tradicionales y revolucionarios. El Concordato implicaba el reconocimiento del hecho de que Francia, la hija más antigua de la Iglesia, era un país esencialmente católico. La intervención del Estado en los asuntos internos de la Iglesia correspondía a una vieja tendencia y no constituía sino la culminación del galicanismo. La eliminación del clero como factor político y social, la limitación de la religión al ámbito exclusivo del culto y la tolerancia confesional eran tendencias nuevas que correspondían a las fuerzas secularizadoras de la historia moderna.

En el campo de las artes y letras, finalmente, se puede señalar igualmente la co-

incidencia de Napoleón con las tendencias generales y el gusto de su época. En la segunda mitad del siglo XVIII se produjo un nuevo renacimiento de la antigüedad clásica y el neoclasicismo triunfó en la poesía, el arte dramático, la pintura y la arquitectura. En la moda y los interiores se impusieron formas antiquizantes. Durante el Directorio se preparó el estilo que luego sería llamado Imperio y que alcanzaría su pleno desarrollo bajo Napoleón, el nuevo César que en su corte y en sus representaciones desarrolló un estilo imperial. Jacques Louis David, el pintor y amigo de los jacobinos, se convirtió en retratista oficial del emperador. Ponce Lebrun ensalzó a Napoleón y recibió por sus odas el nombre de Píndaro francés. París, destinada a ser la capital de Europa, fué transformada y sus monumentales construcciones clasicistas eran testimonio del gusto de la época y de la grandeza del imperio.

Para apreciar la magnitud de la labor realizada por Napoleón en Francia hay que recordar que ella constituyó solamente parte de sus preocupaciones y que, simultáneamente, tuvo que atender los asuntos exteriores que alcanzaron una importancia cada vez mayor hasta que finalmente sus acciones cubrieron toda Europa.

Napoleón surgió como militar, pero ya en la campaña en Lombardía, se puso de manifiesto que él no era solamente un soldado, sino que era un hombre de Estado. La guerra fué empleada por él como el medio más importante de su política exterior. Sin embargo, sus innumerables guerras no obedecieron a meros propósitos militares y al deseo de conquista, sino que estuvieron sujetas siempre a concepciones políticas racionales.

La progresiva ampliación del poder de Napoleón encuentra su causa, en parte, indudablemente, en razones personales. Su ambición ilimitada, su demoníaca voluntad de poder lo empujó hacia metas cada vez más remotas. Ya en su juventud declaró que Europa le parecía una topera y que solamente en oriente, con sus seiscientos millones de

habitantes, podía haber imperios realmente grandes. Y en 1811 declaró a de Pradt: "En cinco años más seré dueño del mundo; sólo Rusia se me opone aún; pero yo la aplastaré". Córcega, Francia, Europa, se hicieron pequeñas para su energía infatigable y su imaginación creadora. Se puede suponer que, si hubiera sido victorioso sobre Rusia, su atención pronto se habría fijado en China y la India.

Por otra parte sería un error atribuir sus conquistas sólo a factores personales. La extensión del imperio francés siguió la línea trazada por Richelieu y Luis XIV. La creación del imperio europeo obedeció en gran parte a la necesidad de movilizar todas las fuerzas del continente contra Inglaterra. A raíz de la derrota de la escuadra franco-española en Trafalgar, Napoleón tuvo que renunciar definitivamente al proyecto de una invasión en la isla británica. Como única arma en la lucha a muerte contra Inglaterra le quedaba el bloqueo económico y éste solamente podía ser efectivo si abarcaba a todos los países europeos. La guerra contra el imperio marítimo británico lo obligó a crear un imperio continental europeo.

Mas la misma peculiar combinación de factores personales, utilitarios y generales que se puede observar en su política interna, se presenta también en su política imperial. El imperio tuvo una estructura lógica y armónica y su organización obedeció a principios universales.

Base y médula del imperio era Francia, sobre la cual Napoleón gobernaba directamente. El era además rey de Italia, cuyo gobierno quedó encomendado a su hijastro Eugenio de Beauharnais en calidad de virrey. Los otros países que circundaban a Francia fueron erigidos en reinos satélites bajo el gobierno de diversos miembros de la dinastía Bonaparte: José en España, Luis en Holanda, Jerónimo en Westfalia y el cuñado, Murat, en Nápoles. Los Estados del oeste y sur de Alemania fueron vinculados al imperio por medio de la Confederación del Rhin. Los dos Estados alemanes más pode-

rosos, Prusia y Austria, perdieron sus dominios en el oeste de Alemania y en Italia, de modo que vieron reducida su esfera de acción a la Alemania oriental. Quedaron vinculados directamente a Francia, por medio de tratados que los obligaron a prestar al emperador ayuda militar. Con Austria se estableció una relación aún más estrecha al ser concertado el matrimonio de Napoleón con María Luisa de Habsburgo. El advenedizo y antiguo jacobino se relacionaba con una de las dinastías más antiguas de Europa. El emperador esperaba de este enlace no sólo al tan anhelado heredero de la corona, sino también el reconocimiento definitivo y la consolidación del imperio.

Toda Europa occidental y central quedó unida en una grandiosa organización que se extendía desde el Mar del Norte hasta el Mediterráneo, desde el Atlántico hasta el Vístula. Por primera vez en su secular historia Europa quedaba unida políticamente.

Para llenar esta creación política de un contenido ideal, Napoleón recurrió a la idea imperial, la concepción política más grandiosa que había surgido en el curso de la historia. La idea imperial evocaba grandes y venerables recuerdos, y se vinculaba a los momentos culminantes de la historia occidental. Napoleón, el nuevo César, recurrió conscientemente al pasado con el fin de hacer aparecer su imperio, creación nueva y racional, como culminación de todo el desarrollo anterior. El ceremonial de la coronación imperial en París correspondió a las formas medievales. Sus títulos de emperador y rey de Italia lo hacían aparecer como un nuevo Carlomagno.

El imperio napoleónico dejó huellas profundas y duraderas en la vida de las naciones europeas y alteró hondamente sus condiciones económicas, sociales y políticas.

Napoleón trató de complementar la unidad política por medio de la unidad económica. Todo el continente debía constituir un solo bloque, las economías nacionales debían quedar integradas en un mercado común, organizado y dirigido desde Francia.

Para este fin Napoleón siguió una política económica mercantilista que favoreció ante todo la producción industrial. El bloqueo continental produjo una aguda escasez y carestía de las mercaderías procedentes de Inglaterra y ultramar y obligó a los continentales a usar sus propios recursos. El mismo bloqueo protegió a los productores continentales que hasta entonces no habían podido competir con la industria británica mucho más avanzada. La necesidad y el incentivo estimularon la producción en Francia, los Países Bajos y Alemania, de modo que el dominio napoleónico contribuyó de una manera decisiva a que se iniciara en el continente la revolución industrial que había comenzado algunos años antes en Inglaterra.

Napoleón introdujo en los países del imperio las conquistas políticas y sociales de la Revolución. El Código Civil reemplazó el derecho tradicional.

Particularmente importantes fueron los cambios que se produjeron en Italia y Alemania. Estas dos naciones habían emergido de la Edad Media políticamente divididas. En Italia, la división política había sido completa. El enmarañado conjunto de ciudades, repúblicas y monarquías había conferido variedad y colorido a la vida política en Italia, pero también había esterilizado toda acción política y había hecho caer la península bajo el dominio extranjero.

Cuando Napoleón se hizo coronar en Milán con la corona de hierro longobarda y creó el reino de Italia, estableció por primera vez la unidad política de la península. Por primera vez existió ahora un Parlamento italiano, con representantes de toda la península. Una administración centralizada, copia de la francesa, cubrió todo el país e hizo llegar las órdenes del gobierno central aun a las aldeas más apartadas. Napoleón creó por primera vez un ejército italiano que se componía de trescientos hombres provenientes de todas las regiones. Sus regimientos combatieron en todos los frentes, desde España hasta Rusia. En el extranjero y a

raíz de las amarguras de la guerra los italianos se olvidaron de sus diferencias regionales y empezaron a sentirse hijos de una sola nación.

Pronto se hicieron sentir las ventajas de la unidad y centralización. Se pudieron iniciar obras que antes habían sido imposibles por causa de la división y el regionalismo. Se construyeron caminos, canales y acueductos. La agricultura aumentó su producción. A raíz de estas realizaciones los italianos tomaron conciencia de los beneficios de un Estado moderno, fuerte y eficiente.

De esta manera se inició en Italia una revolución general y profunda. El dominio napoleónico fué el punto de partida para la formación de la Italia moderna. En aquel tiempo se inició el proceso que culminaría medio siglo después con la unificación de Italia.

Análogas consecuencias se produjeron en Alemania. En el año 1789, cuando estalló la Revolución en Francia, existían en Alemania 1.789 Estados y dominios, entre los cuales solamente Austria, Prusia y unos pocos más merecían el nombre de Estados propiamente, mientras que los demás eran territorios minúsculos cuya pequeñez y anticuada organización constituían obstáculos insalvables para las tendencias políticas y sociales modernas. Los Estados territoriales gozaban de una soberanía casi absoluta, de modo que el emperador alemán tenía una autoridad meramente nominal. El Santo Imperio Romano Germánico, de venerable edad y prestigiosa tradición, carecía de poder efectivo y era incapaz de realizar alguna acción vigorosa. La vida política alemana se hallaba estancada y había llegado a un punto muerto de donde la nación no lograba salir con sus propias fuerzas.

La intervención de Napoleón significó un cambio radical y profundo. Cayó el Santo Imperio. Los grandes y opulentos principados eclesiásticos fueron secularizados, desaparecieron los caballeros imperiales y las ciudades libres. En el curso de pocos años el mapa político de Alemania fué simplificado

radicalmente y el abigarrado conjunto de cientos de Estados anticuados quedó reducido a una treintena de Estados medianos capaces de responder a las nuevas exigencias históricas.

Los Estados del sur y oeste de Alemania, unidos en la confederación del Rin, se vincularon directamente a Francia e introdujeron reformas constitucionales y administrativas según el modelo francés. Desaparecieron los privilegios y servicios feudales, se estableció la igualdad ante la ley y la libertad comercial e industrial. Empezaron a propagarse las ideas liberales y democráticas.

Las reformas de Napoleón derribaron un orden que se remontaba a la temprana Edad Media y que tenía, indudablemente, cierta gloria y grandeza. Sin embargo, este orden había llegado a ser un anacronismo y mantenía paralizadas las fuerzas activas de la nación. La caída del Sacro Imperio produjo consternación y tristeza, pero despejó el camino hacia el futuro. La intervención ruda y desapiadada de Napoleón despertó a la nación alemana de su letargo y la incitó a la acción.

Napoleón intervino en Italia y Alemania con el fin de vincularlas a Francia y colocar sus recursos al servicio del imperio. Impuso estas reformas con brutal energía, sin considerar los sentimientos o anhelos de las mismas naciones afectadas. Sin embargo, por causa de un peculiar proceso dialéctico, precisamente la dominación extranjera hizo surgir en estas naciones una conciencia nacional política y la voluntad de configurar su destino nacional. Las reformas napoleónicas libraron a estos pueblos de una carga que ellos mismos no habían podido sacudir. Ellos se vieron empujados a identificarse con las nuevas tendencias históricas. Con el dominio napoleónico se inició para ambas naciones una nueva etapa en su historia.

El imperio de Napoleón constituyó ciertamente una obra grandiosa. Llevaba impreso el sello inconfundible de la avasalladora personalidad de su creador, pero correspondió también a ciertas tendencias univer-

sales de su época y de la historia de occidente.

Cuando Hegel vió a Napoleón después de la batalla de Jena y Auerstädt, exclamó que había visto pasar "el espíritu del mundo montado a caballo". Para Hegel, Napoleón se presentaba como encarnación de lo universal. A través de él se realizaban las tendencias universales del espíritu y de la historia.

El imperio, creación personal de Napoleón y destinado a servir de instrumento a su voluntad de poder, fué, a la vez, la realización de principios objetivos y tuvo por eso un significado universal.

Cabe preguntar por qué el imperio de Napoleón no perduró.

Al igual que el éxito, se explica también el fracaso de Napoleón en parte por sus cualidades personales. En el curso del tiempo Napoleón se tornó cada vez más realista y cínico. Despreció al hombre y se burló de los sentimientos humanos. Para su voluntad de poder y su egocentrismo ya no hubo límites. Amó el poder y no al ser humano y se aprovechó de todo y de todos para satisfacer sus ambiciones personales. Sus acciones tuvieron, ciertamente, un significado universal; sin embargo, también es cierto que él usó de todo como simple medio. El ser humano dejó de ser un fin en sí mismo y se convirtió en simple pieza e instrumento al servicio de sus ambiciosos fines. Movi-do por fuerzas demoníacas, Napoleón recorrió infatigablemente el continente, derribando Estados y creando Estados nuevos, repartiendo coronas y reformando las naciones; pero en su acción no hubo medida ni límite y por eso no halló la paz ni pudo consolidar su poder. Los hombres y pueblos se sintieron ultrajados y se resistieron a ser tratados como simples medios. Heridos en su dignidad, empezaron a odiar a Napoleón en quien vieron un brutal déspota y a quien identificaron con Lucifer y el Anticristo.

Mas así como los éxitos de Napoleón se explican, no sólo por sus excepcionales cualidades personales, sino por el hecho de que

él supo responder a exigencias generales del desarrollo histórico, así también su fracaso y su caída fueron originados por causas generales.

Durante el gobierno de Napoleón y, en parte, justamente como efecto de su labor, aparecieron tendencias nuevas que se sustrajeron a su control y que se alzaron contra él.

Las tendencias culturales del siglo XVIII culminaron en la ilustración alemana, movimiento cultural de singular riqueza, ple-tórico de grandes personajes y obras excelsas.

La Ilustración alemana se inspiró en la antigüedad clásica. Winckelmann, en su *Historia del Arte de la Antigüedad*, derivó del arte griego leyes absolutas de la belleza y erigió lo helénico en ideal supremo para la creación cultural y la formación humana. La esencia de lo griego y de lo humano fué resumido por él en la fórmula "noble sencillez y serena grandeza".

Bajo la influencia de Winckelmann y de los autores clásicos desarrollaron Goethe y Schiller su ideal de la personalidad. Por medio de la reviviscencia de la humanidad antigua, el hombre debía desarrollar armónicamente su naturaleza humana. La personalidad humana se caracterizaba por su individualidad y su totalidad. Toda persona era individual y única y llevaba el fin en sí mismo y, a la vez, era una totalidad que nacía de la asimilación de todos los bienes del espíritu y de la cultura humana.

Estas concepciones estaban arraigadas en el pensamiento del siglo XVIII, pero significaban también su superación. Constituían, en particular, una superación del racionalismo de la Ilustración, porque deseaban reconciliar la razón, la intuición estética y los sentidos. La naturaleza y el espíritu debían combinarse en bella armonía. El intelectualismo y la moralidad abstracta del siglo XVIII quedaban superados por un humanismo estético.

Al mismo tiempo señalaba Kant con rigor lógico los límites de la razón. En su *Crítica de la Razón Pura* hacía ver las in-

congruencias del racionalismo cartesiano y del empirismo inglés y, al demostrar que los juicios de la razón sólo tenían valor dentro del ámbito de la experiencia sensible, probaba la autonomía de la moral y la religión.

El idealismo filosófico y el humanismo estético señalaban nuevas posibilidades del espíritu que iban más allá del mundo intelectual al cual pertenecía Napoleón. Por este motivo surgieron luego antagonismos entre el emperador y los intelectuales alemanes. Cierto que Goethe sintió una profunda admiración por Napoleón en quien pudo percibir la fuerza y universalidad del genio; pero la mayoría de sus contemporáneos empezó a oponerse a Napoleón, porque rechazaba los principios en que éste deseaba basar la vida intelectual.

Esta oposición se tornó irresistible al desembocar el clasicismo en el romanticismo. Los románticos condenaron violentamente las formas y los ideales del clasicismo. Ellos no pensaban en lo eterno y permanente, sino en el devenir y el cambio; no en la belleza clásica, sino en lo característico y único; no en la perfección definitiva, sino en la eliminación de todos los límites y en la elevación a lo infinito. El clasicismo era individualista, el romanticismo conducía a un subjetivismo completo. Los clásicos deseaban realizar a través del individuo lo universal. Para los románticos el hombre debía ser sujeto cuyo único principio era su propio yo. Fichte ofreció a los románticos la justificación filosófica. Abandonando el idealismo crítico de Kant, desarrolló un idealismo subjetivo para el cual no existía nada fuera del yo. Todo lo que parece existir fuera de nosotros, la naturaleza, los objetos, los demás seres, no son sino imágenes, representaciones nuestras. "Las cosas son, porque nosotros las pensamos". Cada uno crea su propio mundo.

Los románticos se rebelaron violentamente contra el racionalismo y, basándose en Rousseau y Herder, solamente confiaron en el sentimiento, la intuición y la imaginación

creadora. Particularmente importante fué la influencia de Herder. En sus *Ideas para una Filosofía de la Historia de la Humanidad*, Herder había enseñado que la historia no era un proceso racional y que en la vida humana actuaban como fuerzas necesarias y valiosas también lo irracional, el sentimiento y la voluntad. La humanidad no existía como género abstracto, sino que se realizaba a través de las naciones. Cada nación era una individualidad que representaba lo humano de una manera singular. Cada nación estaba dotada de un espíritu nacional que se manifestaba en la lengua, las costumbres, el arte, las leyes, en todo su modo de ser y actuar.

A los conceptos racionales y cosmopolitas de la ilustración, a las nociones de derecho natural y razón universal, Herder oponía la cultura nacional y la idea de espíritu del pueblo. El ser humano no se realizaba como individualidad abstracta, sino como miembro de la comunidad nacional.

El descubrimiento de los valores no racionales hizo surgir también una nueva actitud frente a la religión. En el siglo XVIII el hombre culto, el hombre ilustrado, había sido librepensador y había visto en la religión positiva y la Iglesia un invento humano, destinado a perpetuar el dominio del clero y a mantener al pueblo en la ignorancia. Los románticos, en cambio, volvieron a descubrir el valor de la religión que les abría el camino a lo infinito y que aparecía como única posibilidad para redimir al sujeto de los límites de la existencia terrena. Por medio de una piedad mística, los románticos se elevaban a la esfera de lo sobrenatural en que el alma subjetiva se reconciliaba con el objeto absoluto, Dios.

El romanticismo nació y se desarrolló principalmente en Alemania. Pero no quedó limitado a este país, sino que se propagó rápidamente por toda Europa. En Francia Madame de Staël dió a conocer las nuevas tendencias en su célebre obra *De Alemania*. En 1802 publicó Chateaubriand su *Genio del Cristianismo*, una apología de los valo-

res sentimentales y estéticos de la religión y del culto.

Estas nuevas fuerzas y tendencias constituían una superación y negación de la Ilustración y del orden intelectual en que se movía Napoleón. Este no comprendió ni pudo comprender los ideales románticos los cuales le parecían fantásticos, informes y absurdos. Por eso no puede extrañar que pronto se produjeran desavenencias y conflictos. Madame de Staël criticó abiertamente el imperio y al emperador. Napoleón por su parte, desterró a Madame de Staël y la hizo perseguir por toda Europa. Este conflicto fué más que un incidente personal, fué la dramática expresión del antagonismo entre dos mundos intelectuales distintos. Napoleón, arraigado en las categorías intelectuales de la Ilustración, no podía comprender ni aceptar las nuevas fuerzas del espíritu. Pero éstas eran las fuerzas que determinarían el desarrollo de la cultura europea en los años y decenios siguientes. Para poderse abrir paso debían oponerse a Napoleón y su obra. Los románticos fueron por eso sus críticos y adversarios más apasionados.

El pensamiento romántico ofreció también una justificación teórica a los movimientos nacionales que empezaron a surgir entonces en Europa y que, por razones obvias, se desarrollaron con particular fuerza en las naciones sometidas al imperio napoleónico.

Napoleón, continuando en este aspecto la obra de la Revolución, pudo disponer de todos los recursos materiales y de las energías morales de la nación francesa. El ídolo de sus soldados, llevó a éstos al triunfo porque, además de infundirles el entusiasmo que irradiaba su magnética personalidad, pudo contar con su espíritu patriótico. El soldado francés luchaba por la patria y su grandeza. A este ejército nacional se opusieron las tropas mercenarias de las monarquías tradicionales. El soldado pagado no conocía patria ni luchaba por motivos ideales. La guerra era un oficio como cualquier otro. Mientras que Napoleón y sus tropas se confrontaron

con ejércitos mercenarios, pudieron triunfar porque a su genio militar se añadió la fuerza patriótica y moral de sus soldados.

Mas esta situación cambió en el curso de los años. El imperio napoleónico que, en teoría, era un imperio universal unido por ideales generales, significaba de hecho la hegemonía de Francia sobre los demás países, de una nación sobre otras naciones. Este predominio podía ser justificado mediante el pensamiento racional del siglo XVIII. Desde el punto de vista cosmopolita del derecho natural, del bienestar social y de la utilidad, el imperio podía aparecer como una institución grandiosa y benéfica.

Mas este imperio resultaba injustificable e intolerable desde el punto de vista de la idea nacional que entonces empezó a prender en el corazón de los hombres y que los arrastró a la acción y a la lucha por la independencia nacional.

Hasta entonces los pueblos habían obedecido en forma incondicional a los reyes absolutos. Pero no estaban dispuestos a servir ahora a un emperador extranjero y a toda una nación extranjera. La pérdida de la independencia nacional significaba la pérdida de la libertad y el aniquilamiento de la dignidad nacional y humana.

Por eso se levantaron ahora en toda Europa los movimientos nacionales. El proceso comenzó en España, donde el pueblo se levantó en armas e inició una guerrilla que no pudo ser reprimida por las tropas regulares. España dió el ejemplo a los demás países. En 1809 Austria osó levantarse contra el emperador. En el Tirol, Andreas Hofer encabezó un levantamiento popular. En Westfalia se alzó el mayor Schill; en Sajonia, Federico Guillermo de Brunswick.

Estos movimientos locales pudieron ser reprimidos fácilmente por el emperador que entonces, en los años 1809 y 1810, se encontraba en la cúspide de su poder. Sin embargo, los esfuerzos de los patriotas no fueron inútiles. La resistencia asumió cada vez mayores proporciones. Napoleón se vió obligado a tomar medidas cada vez más enérgicas,

pero justamente la mayor dureza hizo cundir la oposición y el odio.

Todo el inmenso poder del imperio universal de Napoleón resultó insuficiente frente a la fuerza del nacionalismo que surgió entonces como un nuevo agente histórico y que a partir de entonces sería una de las principales fuerzas de la historia.

Después de la derrota de la Grande Armée en Rusia, los pueblos acudieron a las armas y se alzaron en un levantamiento general. En la batalla de las naciones, en Leipzig, los ejércitos nacionales de Rusia, Prusia y Austria se midieron con el genio militar de Napoleón. Y la fuerza combinada de los pueblos que luchaban por su independencia resultó superior y pudo triunfar.

Napoleón fué derrotado por las nuevas energías históricas que surgieron entonces con fuerza incontrolable y que no cabían dentro de su imperio. Napoleón surgió y triunfó mientras su genio estuvo en concor-

dancia con las tendencias generales del acontecer histórico; pero él cayó y sucumbió cuando surgió el antagonismo con las nuevas fuerzas e ideas, representadas por el romanticismo y el nacionalismo.

Napoleón cayó y, por el momento, se le odió y se quiso anular cuanto él había hecho. Sin embargo, su obra fué tan grande e importante, que muchas de sus realizaciones lo sobrevivieron. En Francia, la administración, la justicia y el ejército descansan hasta la fecha sobre sus reformas. La modernización de España y los movimientos nacionales de Italia y Alemania tuvieron en él su origen.

Cuando en el año 1840 los restos mortales de Napoleón fueron trasladados a los Inválidos, ello fué más que un gesto sentimental. Implicaba el reconocimiento de que la Europa moderna es lo que es en gran parte gracias a Napoleón. En ello reside su significado histórico.